

# SALAGRUMO 43

(organizado por Jorge Wolff y Joaquín Correa)



## **INDICE**

### **CRONICA**

El río está creciendo - Joaquín Correa

### **ENSAYO**

Sobre “Juan Darién”, sobre esta tradução - Byron Vélez Escallón

### **RESENHA**

La música de Marsias - Olvido García Valdés

### **POESÍA**

De *Vigilámbulo*, de Arturo Carrera - (Tradução de Jorge "Joca" Wolff)

# CRONICA

## El río está creciendo

Joaquín Correa

“Debemos reconquistar la inocencia a través de largos años de ejercitación en el arte de olvidarnos de nosotros mismos. Logrados esto, pensamos sin pensar. Pensamos como la lluvia. De hecho, somos la lluvia.”

Suzuki vía Arturo Carrera

“El hombre barbudo oyó cantar a los monos del otro lado del río, y dijo:

- Va a llover.

Y preparó los tachos para juntar el agua, porque en su casa escaseaba el agua a pesar de toda su fabulosa ingeniería. Este hombre había hecho un jardín sobre la roca, a fuerza de pico, astucia y dinamita; tenía pileta de cemento donde se enroscaba Anaconda; con pieles del monte confeccionaba tapados para su mujer y zapatos para sus hijos; fabricaba canoas y peces de cerámica, alambiques, retortas, aguardiente; manejaba ácidos, taladros, esmaltes. Recogía orquídeas. Con sus manos extraía el veneno a la yarárá, criaba búhos, celestitos y coatíes, cultivaba yerba y caña de la India. Dominaba cien trabajos, pero ninguno le servía para que el agua subiera a su meseta. El agua debía bajar del cielo. Por eso el hombre barbudo prestaba atención a las señales, y cuando oyó cantar a los monos dijo:

- Va a llover.

Y sacó los tachos para recoger el agua.

Y llovió, como dijo el hombre barbudo que conocía a los monos. Pero llovió de la mitad justo del río para el otro lado, que era el Paraguay. Y de la mitad justo del río para acá, que era la Argentina, no cayó una gota.

Esto ha quedado como un chiste sobre el hombre que conocía a los monos. Y es un chiste, pero algo más, porque nadie como ese hombre ha pensado tanto en las lluvias”,

escribía Rodolfo Walsh en agosto de 1967 para el número 51 de Panorama. “El país de Quiroga” se llamó la crónica que recogía los rastros y restos del hombre barbudo que conocía a los monos y era fascinado por las lluvias, y formaba parte de esa escritura del litoral que emprendió Walsh entre abril de 1966 y diciembre de 1967, dentro de las cuales también se encontraba “La isla de los resucitados”, sobre el leprosario de la Isla del Cerrito, lugar otrora maldito, hoy simplemente olvidado, pero donde todavía se recuerda y celebra la estadía del por entonces autor de Operación Masacre, Los oficios terrestres y Un kilo de oro.

Walsh viajó a San Ignacio, acompañado del fotógrafo Pablo Alonso, treinta años después de la muerte de Horacio Quiroga, para saber qué quedaba “del hombre que alzó en torno de San Ignacio una construcción más inmaterial, duradera, que la ordenada piedra de los jesuitas”. Nosotros viajamos, diez años atrás, con la misma voluntad y curiosidad. Nuestro itinerario preveía cuatro o cinco días en el Parque Nacional Chaco. Luego de los 42° grados a la sombra del primer día, que desde las nueve de la mañana iban en impiadoso aumento, y del alerta de tempestad que se abatía sobre la zona con la consecuencia inmediata de anegación de los caminos - lo que auguraba que, caso contrario no abandonásemos con suma rapidez el campamento, nuestra permanencia se extendería poco tiempo menos de un mes -, debimos huir, con alguna que otra parada desafortunada en el camino, hacia nuestro siguiente punto: San Ignacio. No le ganamos el suficiente tiempo a la lluvia como para alcanzar a armar nuevamente las carpas. Pasamos la noche dentro del comedor, entre la ropa colgada, nuestras provisiones sobre las mesas y la oscura mirada del cuidador del camping, que nos advertía, rifle en mano, que había sido parte de las fuerzas armadas y que sus sentidos en estado alerta aún seguían templados y su pulso en el gatillo, firme ante cualquier interrupción de la noche.

Esa noche nadie durmió demasiado bien. El cansancio crecía junto con el temor.

La lluvia no paró con la llegada del día.

El camino hasta la casa de Quiroga era una serie discontinuada de pequeños lagos de fondo colorado. El todo era una fiesta para los sentidos, potencializados por el ambiente y la amistad. En la casa, en su casa, encontramos a Horacio Quiroga, más vivo que nunca en esa lluvia, en esas cosas, en esos restos, en ese mundo. En el museo no había nadie, sólo nosotros, los chicos del sur. Estaba el casero, sí, pero no el guía. Debimos esperar su llegada en la casita de madera que servía como recepción. Aprovechamos para secarnos o, al menos, acomodarnos la ropa. De algún modo, ya lo sabíamos todo sobre Quiroga. Toda la

información que estaba distribuida en la casa no hacía sino confirmar aquello que veníamos conociendo de él desde la primaria. A Alicia, la hija del Oso, que había aprendido a leer, apenas unos pocos años atrás en la peli de Caetano, con los Cuentos de la selva, le hubiese pasado lo mismo. Resulta difícil separar la vida de la obra en el caso de Quiroga, porque él mismo se ocupó en confundirlas con tenacidad. Resulta difícil separar nuestra infancia y vida de sus textos, porque hemos crecido con ellos. Sus textos, omnipresentes en los planes de estudio de la escuela primaria, deben representar una extraña variación de la inocencia para los planificadores y pedagogos, porque su inclusión en aquellos programas no manifiestan sino algún grado de crueldad y desdicha. Aunque, pensándolo bien, esa inclusión puede tener su justificación en un deseo por anular la potencia de lo terrible y misterioso que se encuentra en aquellas páginas.

El casero, el guía y hasta aquel desquiciado del camping eran personajes de Quiroga, eran vidas que en sus días portaban la plusvalía de la maldición, eran casos desafortunados de la herencia remota. Walsh, mucho antes que nosotros, también los había encontrado, repitiendo los rasgos de aquella “extraña junta de fracasados, románticos, mutilados, aventureros” que fueron sus personajes. Las ruinas jesuíticas y la casa del escritor, excéntricos puntos del mapa del turismo cultural, no producen sino resignación y cierto odio en sus pobladores. Ese pasado que no cesa de dominar el tiempo presente parece ser, estando siempre ahí, una especie de desgracia.

Seguía lloviendo.

Con una corrida, pasamos de la recepción a la casa del fondo, la casa que el propio Quiroga construyó. Me detuve en los ventanales verdes, imaginando qué es lo que veía el hombre barbudo cuando se paseaba por la casa, o se sentaba frente a la máquina de escribir que, impertérrita, aún seguía ahí. Me descubrí un niño, en esa ventana, en esas divagaciones de la imaginación, en la casa de aquel con quien yo también había aprendido a leer.

En una de las salas estaba expuesta la versión gráfica de “La gallina degollada” aparecida en *Fierro*, guión de Trillo e ilustraciones de Alberto Breccia. Anoté en mi cuaderno una idea que Piglia, en el texto que antecede al cuento, atribuye a Leslie Fiedler y que me pareció absolutamente genial: “En Europa la novela gótica es contemporánea de la ascensión de la burguesía y sus personajes huyen de los símbolos del orden feudal perfectamente resumidos en la imagen del castillo en ruinas. Ahora bien, ese esquema en América no puede

ser traspuesto del mismo modo pues allí evidentemente no hay castillo en ruinas. Lo único antiguo en el Nuevo Mundo es la selva. La novela gótica americana deberá, pues, encontrar sus imágenes terroríficas en la selva y en sus habitantes”. Obnubilado por el exceso de sangre que aparecía negra en las láminas del cuento, salí de la casa y me topé con el serpentario de cemento, donde descansaba aquella Anaconda que mencionaba Walsh juntos con las demás serpientes. Mis amigos estaban inmóviles, bajo el alero, alguno fumando, otro aturdido por la saturación que la lluvia producía en el verde que nos rodeaba. “El paisaje es agresivo y reina en él un silencio de muerte”, se lee en uno de los textos más famosos de Quiroga, pero bien podría haber dicho cualquiera de nosotros, ya aturdidos por una lluvia que parecía venir del comienzo de los tiempos.

“El río está creciendo”, uno de nosotros dijo, absorto y como fuera de sí. Lo miramos. Si hubiésemos recuperado el encadenamiento de sus razonamientos, podía hasta sernos lógico. Sin embargo, nos tomó de sorpresa y nos asustó. Habíamos cargado demasiado la pila de la vida. Como el oscuro protagonista de “El Simún”, la insistencia de la lluvia fuera de los parámetros de la cronología estaba enturbiando nuestra mente. Algo en nosotros, para bien o para mal, se había quebrado. Aquel apagó el cigarrillo y volvió a entrar en la casa. Nadie dijo nada, pero todo el mundo lo siguió, juzgando ese gesto el más prudente.

Nuestra inocencia, una vez más, había vuelto a romperse. Años después, sentados con F. en el cordón de la vereda o sobre el paredoncito de una heladería abandonada, en Pringles, tendría la misma y repentina iluminación. Habíamos viajado en noviembre para las jornadas “Poesía y Memoria”, organizadas por Estación Pringles, con el secreto objetivo de encontrar al padre de F. o, al menos, algún rastro que nos permitiera saber qué había sido de su vida. En los tiempos libres entre actividad y actividad, nos perdíamos por el pueblo, preguntando, con mucha vergüenza, sobre aquel hombre. Las informaciones eran vagas, imprecisas, pero suficientes como para ir reconstruyendo tímidamente una genealogía. Mientras hacíamos un ejercicio de fotografía preparado por nuestros compañeros de la Universidad del Sur, nos encontramos a un señor sentado en un banco de la plaza central de Pringles, camisa rosa, pañuelo al cuello azul, boina y una radio a su lado. Nos pusimos a hablar y le preguntamos si podíamos hacerle un retrato. Se arregló un poco y nos respondió que sí. En algún momento, F. se animó y le hizo su pregunta. Sí, claro, lo conocía, a él y a su familia, también. Nos dio las direcciones y señas de sus propiedades, nos dijo algo de su historia. Lo despedimos, nos

miramos decididos y fuimos directo hacia esa dirección. La encontramos con escasa dificultad. Ya sabíamos guiarnos en las calles y bulevares de Pringles. Había en ese lugar un edificio. Nos quedamos un tiempo en la puerta, sin saber qué hacer. Nos miramos y cruzamos la calle.

Nos sentamos en el paredoncito de la heladería. Cuando veíamos pasar un hombre nos decíamos “¿será ese?”. Habíamos entendido que la inocencia era la última arma que nos quedaba y que encontrar al padre del abandono no nos traería ningún tipo de resarcimiento de las inmensas pérdidas de la infancia. Frente a la desidia y el abandono, ella había vuelto a elegir la vida, la inocencia, el resguardo de la infancia con su mamá. Se levantó y yo entendí su decisión. Volvimos caminando a la Plaza Municipal, donde un paseo socrático, mezcla de andar y saber sobre la obra de Salomone, estaba dando continuidad a las jornadas “Poesía y Memoria”. Ella había comprendido que no hay poesía más allá de la memoria y que, ahora, ese camino conducente a casa, se le hacía tan necesario como su casa. Frente al abandono, el abandono. Esa tarde en que la infancia había buscado su componente negado y perdido, su inocencia y dicha habían vuelto a renacer en la memoria.

## ENSAYO

### Sobre “Juan Darién”, sobre esta tradução

Byron Pérez Escallón

Na madrugada do dia 19 de fevereiro de 1937, morria em Buenos Aires, no Hospital de Clínicas, o grande escritor uruguaio Horacio Quiroga, após beber um copo de cianeto. Não estava sozinho: um homem, de nome Vicente Batistessa, o acompanhava. Tratava-se de homem afetado por doença semelhante à do célebre Joseph Merrick, o “homem-elefante”. As deformações decorrentes desse mal, sintomaticamente chamado Síndrome de Proteus, haviam servido como “justificativa” às autoridades hospitalares para confinar Batistessa nos porões das Clínicas, dias antes da internação de um Quiroga definhado pelo câncer, pela vida, pelas penúrias econômicas, assim como por um silenciamento ao redor da sua obra, promovido pela queda de ações dessa escritura numa bolsa de valores literária que o próprio autor de *Anaconda* alguma vez ironizara. Talvez sentindo a afinidade das suas condições, Quiroga exigira, quando internado, que Batistessa fosse tirado dos subterrâneos e trasladado ao seu quarto, o que conseguiu com sucesso. Dessa maneira, nesse homem –que, como o deus mitológico, suportava o pathos monstruoso da metamorfose– o escritor não só encontrara alguém que o acompanhasse no transe de um digno morrer, mas também um corpo que recebia em si os efeitos de uma política que, taxativamente, opera pela produção de exceções e regras, por inclusões que se pautam a partir de exclusões.

Acredito que essa história hospitalar evidencia algo que a *guardarropía fin-de-siécle*, que tanto influíra em Quiroga como nas vanguardas latino-americanas, já de alguma maneira constatará: não há um semblante –nem máscara– que não seja discurso, e toda compartimentagem de espaços e tempos é produto de uma naturalização do político. Esses, entre outros, são temas e problemas que leio no conto “Juan Darién”, cuja tradução apresento aqui.

Foi durante a leitura do livro de Gabriel Giorgi, *Formas comunes: animalidad, cultura, biopolítica* (Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2014), que me veio a ideia de traduzir esta



narrativa de Horacio Quiroga. Precisamente na primeira parte desse livro, intitulada “La rebelión animal”, e na nota 57 dessa parte (p.76-77), se aproxima o gaguejo de Juan Darién dos relinchos de “Los caballos de Abdera” (Leopoldo Lugones, *Las fuerzas extrañas*, 1906), no sentido de marcar uma certa indecidibilidade entre a voz animal e a linguagem humana, algo que para Giorgi também seria característico da ficção-onça de João Guimarães Rosa, “Meu tio o Iauaretê” (Revista *Senhor*, Rio de Janeiro, março de 1961). Pouco tempo depois da leitura dessa nota, percebi que o conto de Quiroga não constava em traduções brasileiras e iniciei, de maneira um tanto balbuciante (visto como está que o português não é a minha língua materna), a tradução do texto. E foi durante essa tarefa que, para além da dívida com *Formas comunes*, a partir desse livro me ocorreu também outra volta do parafuso, uma série problemática que passo a enunciar.

É comum que leituras “não contem o que enxergam, mas aquilo que leram sobre o que recém enxergaram”. Acredito que a atenção dada, para o caso da recepção crítica recente de “Meu tio o iauaretê”, apenas à questão da transformação ou do devir do humano ao animal, e à consequente indiscernibilidade entre esses seres e as suas linguagens, acaba por obliterar algo fortemente colocado tanto pelo texto rosiano quanto por “Juan Darién”, assim como por uma vasta tradição –em que poderiam ser incluídos José Eustasio Rivera, Martinez Estrada, Borges, Luis Tejada, Roberto Arlt, Oswald de Andrade, ou, em chave, digamos, sintomática ou negativa, Sarmiento, Afonso Arinos, Euclides da Cunha, Coelho Neto, José de Alencar, entre tantos outros: o corpo selvagem é um artifício biopolítico, é o produto de uma domesticação e não primordialmente o seu avesso, ou seja, não só o índice de um impossível, e profundamente romântico, retorno à natureza.

Provavelmente Quiroga, que viajara como fotógrafo em 1903 numa expedição a Misiones (dirigida por Leopoldo Lugones, que escreveu a memória dessa expedição em *El imperio jesuítico*, de 1904), e que em diante retornara muitas vezes, inclusive para tentar uma vida na floresta, pôde diagnosticar isso nas suas vastas experiências selváticas em San Ignacio e El Chaco –como, certamente, o constataria no caso derradeiro do homem-elefante. Dessas experiências e diagnóstico encontramos vestígios em volumes como *Los perseguidos* (1905), *Cuentos de la selva* (1918), *El salvaje* (1920), *Anaconda* (1921), *Los desterrados* (1926), ou *El desierto* (publicado em 1924 após missão diplomática de Quiroga no Brasil, em que

recebera uma distinção da Academia Brasileira de Letras), livro em que se inclui o texto cuja tradução apresento.

“Juan Darién” pode ser lido como uma das ficções de Quiroga em que de maneira mais clara se apresenta o artifício acima mencionado. Não por um acaso, o corpo selvagem do “menino-tigre” se produz, com desmedida violência, entre fogos de artifício que, esclarece o narrador, foram enviados “da cidade distante”. Não por um acaso, se tenta usar da sugestão hipnótica e de –bastardos– animais domesticados para produzir esse corpo. Não por uma coincidência, a tortura aumenta na mesma medida do desejo coletivo desse corpo. “Tudo se finge, primeiro; germina autêntico é depois”:do castelo artificial aos extramuros da cidade, da jaula aos limites da floresta, qual um novo Dioniso sacrificado ritualmente, esse corpo fabricado não pode, no entanto, ser despojado da sua linguagem, de uma língua tão materna quanto adquirida, não pode não voltar para escrever com grandes letras –listras– a memória dessa produção. Assim como o Sobrinho do Iauaretê, e como tantos outros Proteus da história da literatura, Juan Darién, na sua hora e vez, escreve porque urra e não apesar disso.

A pureza, mesmo que seja a pureza de uma mobilidade incessante, coagula o monstro. Um puro-devir, uma pura-força, corre sempre o risco de estiolar em seu contrário, na mesma medida em que uma forma não consegue capturar sem restos a sua própria virtualidade significativa. Levada até o seu limite, a pura força se institui, se formaliza; levada até o seu limite, a forma se nega a si própria, manifestando lacunarmente tudo que oculta. Assim como a mercadoria procura a sua essência num devir sem restos, em que nem mesmo se procura ler o inscrito pela devastadora obsolescência programada, uma noção universalizada da transformação como âmago do existente pode obliterar a relevância da memória e, ao mesmo tempo, dar novas forças a um historicismo supostamente (e precisamente por essa suposição, não) erradicado. Mesmo que sempre eventual, sempre protética e em constante emergência, essa memória, entretanto, não pode ser jogada no silêncio ou amontoada indiferentemente entre os cacos da história, talvez porque, como bem sabia Walter Benjamin, para se pensar o quem das coisas, sempre será preferível a melancolia ao cinismo.

Toda universalização de uma essência –do nacional, do humano, do progresso, do natural, etc.– acaba em Canudos, sabemos disso a partir de Euclides da Cunha. Como sabemos, também com ele, depois dele, que toda naturalização de conflitos é a justificação profunda de uma razão para a catástrofe. No entanto, “A estória não quer ser história. A estória, em

rigor, deve ser contra a História”. A tanatopolítica contemporânea (portanto já antiga) se exerce como a distribuição do tempo e do espaço e procede entre a produção de corpos selvagens, bárbaros, e a sua aniquilação, banimento ou transformação em carcaças que sustentem um discurso. Estória, “Meu tio o iauaretê” resiste toda tentativa de domesticação. “Juan Darién”, estória como o vasto território americano –el Tapón– que lhe é homônimo, resiste toda tentativa de conquista, qualquer colonização regrada.

Diferentemente da Inocência (1872) do Visconde de Taunay, cuja possibilidade de transcendência é a universalização de um nome que sublima as mazelas do regional, o corpo do menino Juan, protético e proteico, passa por essa artificial fabricação biopolítica de um corpo natural, para ser o que ele é. Ou seja, às margens de uma inocência pura, para além de uma inocência sem a obnubilação das luzes, uma revoada de vagalumes. Não há inocência possível sem uma passagem pelo artifício, ou seja, pela clínica, pelo circo, pela partilha das formas de habitar o mundo. Mesmo que não se possa inteiramente transpô-la, essa porta está aí, aberta, porém emoldurada. Precisa, e até brutalmente, a produção do corpo da criança como corpo animal a ser sacrificado nos dá a exata proporção da sua inocência. Não é a floresta ou a escola, mas a floresta e a escola – porque a floresta é a escola, como é constatável pelo tom, às vezes tenramente pedagógico, do narrador. Não é a falta o que atravessa essa estória, mas um excesso de ser, em que passado, presente e futuro importam pelo que, cada um de sua vez, mobiliza: memória, sentimento, e miragem utópica. Para além do estiolamento em identidades fixas, esse excesso tem a potência de produzir identificações que, longe de constituir individualidades fechadas, abrem um espaço e sentidos para uma procura do comum –procura que de maneira alguma deveria ser deixada em mãos de um universal pretensamente tão onipresente e objetivo quanto invisível, nem pautada por uma compreensão de parentescos em que os vínculos se cataloguem em termos de “naturalidade” ou consanguinidade.

Assim como para Quiroga não há um universal que verdadeiramente justifique o banimento de corpos após a sua “naturalização” não declarada como corpos selvagens, deformes, ou bárbaros, assim como não há devires puros sem mediações, não tentei em nenhuma circunstância interpor uma transparência entre a minha intervenção tradutória e o texto “original” traduzido. O texto que o leitor tem em mãos é o produto de uma leitura, a ficção de uma leitura, simplesmente. Espero que a versão faça jus –de maneira parcial, longe de

qualquer pretensão de absoluto ou absolvição— ao belo “Juan Darién” e que, mesmo gaguejante, aproxime o leitor das questões aqui colocadas e das suas próprias perguntas. Afinal, o leitor é alguém que escuta, ou que opta por não fazê-lo, ou que prefere escutar outras coisas.

“Juan Darién” foi publicado originalmente em *La Nación* (Buenos Aires, 25 de abril de 1920) e posteriormente integrou o volume de contos *El desierto* (Buenos Aires: Babel, 1924). Para esta tradução, usei como fonte o volume *Cuentos* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2004, p. 243-259). Agradeço imensamente a Joca Wolff e Joaquín Correa, organizadores deste número, assim como as revisões de Filipe Manzoni, Luz Adriana Sánchez Segura e Artur de Vargas Giorgi. Também agradeço as valiosas sugestões das Professoras Susana Scramim e Ana Carolina Cernicchiaro.

Byron Vélez Escallón

Desterro, outubro de 2015

Juan Darién

Horacio Quiroga

Esta é a estória de um tigre criado e educado entre os homens, e que se chamava Juan Darién. Frequentou a escola por quatro anos, vestido de calça e camisa, e aprendeu tudo que lhe foi ensinado, mesmo sendo um tigre das selvas —mas isso porque a sua aparência era de homem, conforme se narra nas seguintes linhas:

Uma vez, no início do outono, a varíola visitou uma aldeia de um país longínquo e matou muitas pessoas. Os irmãos perderam suas irmãzinhas, e as criaturas que começavam a andar ficaram sem pai nem mãe. As mães perderam seus filhos, e uma pobre mulher jovem e viúva foi levada a enterrar, sozinha, seu filhinho, o único que tinha neste mundo. Quando voltou à sua casa, ficou sentada pensando no seu pequenino. E murmurava:

—Deus, que deveria ter mais compaixão comigo, levou meu filho. No céu pode ter anjos, mas meu filho não os conhece. Sou eu quem ele conhece bem, coitado do meu filho!

E olhava ao longe, sentada nos fundos de sua casa, diante de uma portinhola através da qual se via a selva.

Ora, na selva havia muitos animais ferozes, que rugiam ao cair da noite e ao amanhecer. E a pobre mulher, que continuava sentada, distinguiu na escuridão uma coisa pequenina e cambaleante que entrava pela porta, algo como um gatinho, que mal tinha forças para andar. A mulher agachou-se e levantou entre as mãos um tigrinho de poucos dias, que ainda estava com os olhos fechados. E, quando o mísero filhote sentiu o toque das mãos, ronronou contente, pois não estava mais sozinho. A mãe manteve longamente suspenso no ar aquele pequeno inimigo dos homens, aquela fera indefesa que teria sido tão fácil exterminar. No entanto, ficou pensativa diante do filhote desvalido, que vinha não se sabe de onde, e cuja mãe com certeza tinha morrido. Sem pensar bem no que fazia, levou o filhotinho ao seio, e o envolveu com suas grandes mãos. E o tigrinho, ao sentir o calor do peito, procurou uma posição confortável, ronronou tranquilo e dormiu ao calor do seio maternal.

A mulher, sempre pensativa, entrou na casa. E no resto da noite, ao escutar os choros de fome do filhotinho, e ver como ele procurava seu seio com os olhos fechados, sentiu em seu coração ferido que, frente à lei suprema do Universo, uma vida equivale a outra...

E deu de mamar ao tigrinho.

O filhote estava salvo, e a mãe tinha achado nele um imenso consolo. Tão grande, que viu com horror o momento em que o bebê lhe seria arrancado porque, se na aldeia soubessem que ela amamentava um ser selvagem, certamente matariam a pequena fera. O que fazer? O filhote, delicado e carinhoso, que brincava sobre seu peito, era agora seu próprio filho.

Nessas circunstâncias, um homem às pressas, que passava em frente à casa da mulher em uma noite de chuva, ouviu um gemido áspero –o rouco gemer das feras que, mesmo recém-nascidas, arrepiam o ser humano. O homem deteve-se bruscamente e, enquanto procurava às cegas o revólver, bateu na porta. A mãe, que tinha ouvido os passos, correu louca de angústia para ocultar o tigrinho no jardim. Mas a boa fortuna quis que, ao abrir a porta dos fundos, se encontrasse ante uma mansa, velha e sábia serpente que lhe bloqueava o caminho. A infeliz mãe ia gritar de terror, quando a serpente falou assim:

—Nada temas, mulher –disse–. Teu coração de mãe te permitiu salvar uma vida do Universo, onde todas as vidas têm o mesmo valor. Os homens, porém, não te compreenderão, e quererão matar teu novo filho. Nada teme, anda tranquila. Daqui em diante teu filho terá forma

humana, nunca o reconhecerão. Forma o coração dele, ensina-lhe a ser bom, como tu és, e ele não saberá jamais que não é um homem. A não ser que... a menos que uma mãe dentre os homens o acuse; a menos que uma mãe exija que ele devolva com o próprio sangue aquilo que tens dado por ele, teu filho sempre será digno de ti. Vai tranquila, mãe, e rápido, que o homem está a derrubar a porta.

E a mãe acreditou na serpente, porque em todas as religiões dos homens a serpente conhece o mistério das vidas que povoam os mundos. Foi, pois, correndo, abrir a porta, e o homem, furioso, entrou com o revólver na mão, procurando em todo lugar sem achar nada. Quando saiu, a mulher levantou, tremendo, o pano sob o qual ocultava o tigrinho em seu seio, e no seu lugar viu uma criança que dormia tranquila. Arrebatada pela felicidade, chorou longamente em silêncio sobre seu filho selvagem transformado em homem –lágrimas de gratidão que, doze anos mais tarde, esse mesmo filho deveria pagar com sangue sobre o túmulo dela.

Passou o tempo. O novo menino precisava de um nome: foi chamado Juan Darién. Precisava de alimentos, roupas, sapatos: tudo foi dado a ele, e para isso a mãe trabalhava dia e noite. Ela era ainda muito jovem, e poderia ter casado de novo se quisesse, mas bastava o amor profundo do filho, amor que ela devolvia com todo seu coração.

Juan Darién era, de fato, digno de ser querido: nobre, bom e generoso como ninguém. Pela sua mãe, particularmente, tinha veneração profunda. Não mentia nunca. Será que por ser um ser selvagem no fundo de sua natureza? É possível –pois não se sabe ainda que influência pode ter em um animal recém-nascido a pureza de uma alma bebida com o leite no seio de uma santa mulher.

Assim era Juan Darién. E ia para a escola com crianças da sua idade, que às vezes zombavam dele, do cabelo áspero e da timidez dele. Juan Darién não era muito inteligente, mas compensava isso com seu grande amor pelos estudos.

Algum tempo depois, quando a criatura ia fazer dez anos, a mãe morreu. Juan Darién sofreu mais do que se pode dizer, até que o tempo apaziguou sua pena. Mas foi daí em diante um menino triste, que somente desejava instruir-se.

Agora devemos confessar algo: Juan Darién não era amado na aldeia. As pessoas de aldeias isoladas na floresta não gostam de meninos generosos demais, que estudam com a alma toda.

Era, aliás, o melhor aluno da escola. E tudo isso levou ao desfecho, com um acontecimento que deu razão à profecia da serpente.

A aldeia se aprontava para comemorar uma grande festa, e tinham enviado fogos de artifício da cidade distante. Na escola, as crianças tiveram uma revisão geral, pois um inspetor viria para observar as aulas. Quando o inspetor chegou, o professor fez avaliar, antes de todos, a Juan Darién. Juan Darién era o aluno mais aplicado, mas com a emoção do caso gaguejou, e a sua língua se travou com um som estranho.

O inspetor observou o aluno por um longo tempo e disse, em seguida, em voz baixa, ao professor:

—Quem é esse menino? —perguntou—. De onde ele veio?

—O nome dele é Juan Darién —respondeu o professor—, e foi criado por uma mulher que já morreu. Mas ninguém sabe de onde ele veio.

—Estranho, muito estranho... —murmurou o inspetor, observando o cabelo áspero e os reflexos esverdeados que os olhos de Juan Darién emitiam quando estava na sombra.

O inspetor sabia que no mundo há coisas ainda mais estranhas que aquelas que alguém pode inventar, e sabia, ao mesmo tempo, que perguntando a Juan Darién não poderia saber se o aluno tinha sido antes o que receava: isto é, um animal selvagem. Mas assim como há homens que em circunstâncias especiais rememoram coisas que ocorreram aos próprios avôs, assim era também possível que, sob sugestão hipnótica, Juan Darién lembrasse a sua vida de besta selvagem. As crianças que lerem isto e não saibam do quê está se falando, podem perguntar aos adultos.

Por isso, o inspetor subiu no estrado e disse assim:

—Bem, meninos. Agora quero que um de vocês descreva a selva para nós. Vocês foram criados quase nela, e a conhecem bem. Como é a selva? O que acontece nela? É isso que eu quero saber. Vamos lá, você —disse, dirigindo-se a um aluno qualquer—. Venha à frente e nos conte o que tem visto.

O menino foi e, mesmo assustado, falou um tanto. Disse que no bosque há árvores gigantes, trepadeiras e florzinhas. Quando concluiu, outro menino tomou seu lugar à frente, e depois outro. E, mesmo sendo bons conhecedores da selva, todos responderam a mesma coisa, porque as crianças e muitos homens não contam o que enxergam, mas aquilo que leram sobre o que recém enxergaram. Finalmente, o inspetor disse:

—Agora é a vez do aluno Juan Darién.

Juan Darién passou à frente, sentou-se e disse mais ou menos a mesma coisa que os outros. Mas o inspetor, pousando-lhe a mão no ombro, exclamou:

—Não, não. Quero que você lembre o que tem visto. Feche os olhos.

Juan Darién fechou os olhos.

—Bem, —o inspetor prosseguiu. Diga-me o que você vê na selva.

Juan Darién, sempre de olhos fechados, demorou um instante para responder:

—Não vejo nada —disse finalmente.

—Logo você verá. Façamos de conta que são três horas da madrugada, pouco antes do amanhecer. Acabamos de comer, por exemplo... Estamos na selva, no escuro... Na nossa frente tem um riacho... O que você vê?

Juan Darién passou mais algum tempo em silêncio. Na aula, e na floresta próxima, havia também um grande silêncio. De repente, Juan Darién estremeceu-se, e com voz lenta, como se sonhasse, disse:

—Vejo as pedras que passam e os galhos que se dobram... E o chão... E vejo as folhas secas esmagadas sobre as pedras...

—Um momento! —interrompeu o inspetor—. As pedras e folhas que vão passando, a que altura você as vê?

O inspetor perguntava isso porque, se Juan Darién estava realmente “vendo” aquilo que fazia na floresta quando era um animal selvagem que ia beber água depois de ter comido, veria também que as pedras que um tigre ou uma pantera encontram quando se aproximam agachados ao rio, estão à altura dos olhos. E repetiu:

—A que altura você vê as pedras?

E Juan Darién, sempre de olhos fechados, respondeu:

—Passam sobre o chão... Tocam as orelhas... E as folhas soltas se mexem com a respiração... E sinto a umidade da lama nos...

A voz de Juan Darién se interrompeu.

—Em que lugar? —o inspetor perguntou com voz firme—. Em que lugar você sente a umidade da água?

—Nos bigodes! —disse com voz rouca Juan Darién, abrindo os olhos espantado.



Começava o crepúsculo, e pela janela via-se próxima a selva sombria. Os alunos não entenderam o terror daquela evocação; mas também não riram desses extraordinários bigodes de Juan Darién, que não tinha bigode nenhum. E não riram porque o rosto da criatura estava pálido e ansioso.

A aula tinha acabado. O inspetor não era um homem mau, mas, como todos os homens que moram muito perto da selva, odiava cegamente os tigres. Por isso, disse ao professor, em voz baixa:

—É preciso matar Juan Darién. É uma fera da floresta, provavelmente um tigre. Devemos matá-lo, porque senão ele, mais cedo ou mais tarde, matará todos nós. Até agora, sua maldade de fera não despertou, mas explodirá, certamente, e então devorará todo mundo, pois permitimos que vivesse conosco. Devemos, assim, matá-lo. A dificuldade está em que não podemos fazê-lo enquanto tiver forma humana, porque não poderemos provar que é um tigre. Parece um homem, e com homens é preciso proceder com cautela. Eu sei que na cidade há um domador de feras. Vamos chamá-lo, e ele achará o modo de fazer com que Juan Darién volte ao seu corpo de tigre. E, mesmo que não consiga convertê-lo em tigre, as pessoas acreditarão em nós e poderemos expulsá-lo para a selva. Chamemos logo o domador, antes que Juan Darién escape.

Entretanto, Juan Darién pensava em qualquer coisa, menos em escapar, porque não se dava conta de nada. Como poderia ele acreditar que não fosse um homem? Como, quando nunca havia sentido outra coisa que amor por todos, nem tinha ódio dos animais daninhos?

Mas as vozes foram correndo de boca em boca, e Juan Darién começou a sofrer os efeitos delas. Não respondiam nada a ele, afastavam-se rapidamente quando passava e, à noite, seguiam-no de longe.

—O que há comigo? Por que fazem isso comigo? —perguntava-se Juan Darién.

E não somente fugiam dele, mas os meninos lhe gritavam:

—Fora daqui! Volte para o seu lugar! Fora!

Os adultos também, as pessoas mais velhas, que não estavam menos enfurecidas que os meninos. Quem sabe o que teria acontecido se, na mesma tarde da festa, não tivesse aparecido, finalmente, o ansiado domador de feras. Juan Darién estava cozinhando a sopa rala que tomava, quando ouviu a gritaria das pessoas que avançavam furiosamente na direção

da sua casa. Apenas teve tempo de sair para ver o que acontecia: o capturaram, arrastando-o até a casa do domador.

—Está aqui! —gritavam, maltratando-o—. É esse! É um tigre! Não queremos saber nada com tigres! Tire-lhe a aparência de homem, e o mataremos!

E os meninos, os colegas de que mais gostava, e até as pessoas velhas, gritavam:

—É um tigre! Juan Darién vai nos devorar! Morte a Juan Darién!

Juan Darién protestava e chorava porque os golpes choviam sobre ele, e era uma criatura de doze anos. Mas nesse momento as pessoas se apartaram, e o domador, com grandes botas de couro brilhante, sobrecasaca vermelha e um chicote na mão, surgiu perante Juan Darién. O domador o fitou fixamente, e apertou com força a empunhadura do chicote.

—Ah! —exclamou—. Reconheço-te bem! A todos podes enganar, mas não a mim! Estou te vendo, filho de tigres! Sob tua camisa estou vendo as listras de tigre! Tirem-lhe a camisa, e tragam os cães de caça! Veremos logo se os cachorros te reconhecem como homem ou como tigre!

Em um segundo arrancaram todas as roupas de Juan Darién, e o jogaram dentro da jaula das feras.

—Soltem logo os cães! —gritou o domador—. E suplica aos deuses da tua selva, Juan Darién! E quatro ferozes cães caçadores de tigres foram lançados dentro da jaula.

O domador fez isso porque os cachorros sempre reconhecem o cheiro dos tigres, e se farejassem Juan Darién sem roupas, logo o fariam em pedaços, pois assim veriam com os seus olhos de cães de caça as listras ocultas sob a pele de homem.

Mas os cães não viram outra coisa em Juan Darién que uma criança boa, que queria bem até mesmo aos animais daninhos. E abanavam mansos os rabos ao cheirá-lo.

—Devorem! É um tigre! Vamos! Vamos lá! —gritavam aos cachorros. E os cachorros latiam e pulavam, enlouquecidos, pela jaula, sem saber o quê atacar.

O teste não tinha funcionado.

—Muito bem! —exclamou o domador—. Esses são cães bastardos, da raça do tigre. Não o reconhecem. Mas eu te reconheço, Juan Darién, e agora vamos nos entender.

E, assim dizendo, entrou na jaula e levantou o chicote.

—Tigre! —gritou—. Estás diante de um homem, e és um tigre! Estou vendo, sob tua pele roubada de homem, as listras do tigre! Mostra as tuas listras!

E rasgou o corpo de Juan Darién com uma feroz chibatada. A pobre criatura nua lançou um uivo de dor, enquanto a multidão enfurecida, repetia:

—Mostra as listras de tigre!

O suplício atroz continuou por um tempo —e não desejo que as crianças que me ouvem vejam martirizar dessa maneira nenhum ser.

—Por favor! Estou morrendo! —suplicava Juan Darién.

—Queremos ver as listras! —retrucavam.

—Não, não! Eu sou um homem! Ai, mamãe! —chorava o infeliz.

—Mostra as listras! —replicavam.

Finalmente, a tortura acabou. E no fundo da jaula, encurralado, aniquilado em um canto, somente restava um corpinho ensanguentado, o corpo da criança que tinha sido Juan Darién. Vivia ainda, e ainda podia andar, quando foi tirado dali —mas havia passado por muito sofrimento, tanto como ninguém, nunca, sentirá.

Tiraram-no da jaula e, empurrado pelo meio da rua, foi expulso da aldeia. Ia caindo a cada tanto e, atrás dele, iam os rapazes, as mulheres e os homens crescidos, empurrando-o.

—Fora daqui, Juan Darién! Volta à selva, filho de tigre e coração de tigre! Fora, Juan Darién! E aqueles que estavam longe e não podiam bater nele, jogavam pedras.

Juan Darién caiu por completo, finalmente, estendendo as suas pobres mãos de criança à procura de apoio. E seu cruel destino quis que uma mulher, que estava parada na porta de casa carregando nos braços uma inocente criatura, interpretasse mal esse gesto de súplica.

—Quis roubar o meu filho! —gritou a mulher—. Esticou as mãos para matá-lo! É um tigre! Matemos logo, antes que ele mate os nossos filhos!

Assim disse a mulher. E dessa maneira se cumpria a profecia da serpente; Juan Darién morreria quando uma mãe dentre os homens exigisse a vida e o coração de homem que outra mãe tinha dado a ele junto com seu peito.

Não era necessária outra acusação para decidir essas pessoas furiosas. E vinte braços, levantando pedras nas mãos, se aprontavam para esmagar Juan Darién, quando a voz rouca do domador mandou:

—Vamos marcá-lo com listras de fogo! Queimá-lo nos fogos de artifício!

Começava a escurecer, e quando chegaram à praça já era noite fechada. Na praça, tinham levantado um castelo de fogos de artifício, com rodas, coroas e luzes de bengala. Ataram

Juan Darién no alto, no meio da praça, e acenderam o pavio. O fio de fogo correu velozmente, subindo e descendo, e acendeu o castelo inteiro. E, entre as estrelas fixas e as rodas girantes de todas as cores, viu-se, lá em cima, Juan Darién sacrificado.

—É teu último dia de homem, Juan Darién! —bradavam todos—. Mostra as listras!

—Perdão, perdão! —gritava a criatura, contorcendo o corpo entre as faíscas e as nuvens de fumaça. As rodas amarelas, vermelhas e verdes giravam vertiginosas, umas à direita e outras à esquerda. Os jatos de fogo tangente traçavam grandes circunferências. E no meio, queimado pelos jorros de faíscas que atravessavam seu corpo, retorcia-se Juan Darién.

—Mostra as listras! —urravam ainda lá de abaixo.

—Não, perdão! Eu sou um homem! —teve ainda tempo de clamar a infeliz criatura. E, após um novo sulco de fogo, pode ver-se que seu corpo se agitava em convulsões; ouviu-se que seus gemidos adquiriam um tom profundo e rouco; e percebeu-se que seu corpo mudava aos poucos a sua forma. E a multidão, com um grito selvagem de triunfo, pode ver, finalmente, sob a pele do homem, as listras pretas, paralelas e fatais do tigre.

A atroz obra de crueldade estava cumprida: tinham conseguido aquilo que queriam. Em vez da criatura inocente de qualquer culpa, lá em cima não havia outra coisa que um corpo de tigre que agonizava rugindo.

As luzes de bengala iam, também, esmorecendo. Um último jato de faíscas, com o qual morria a luz de uma roda, alcançou a corda atada aos pulsos (não: as patas do tigre, pois Juan Darién já não existia mais), e o corpo caiu pesadamente no chão. A multidão o arrastou até o limite da floresta, abandonando-o lá, para que os chacais devorassem o cadáver e o coração de fera.

Contudo, o tigre não tinha morrido. Com o frescor da noite voltou a si, e arrastando-se, cativo de horríveis tormentos, internou-se na selva. Durante um mês inteiro não abandonou sua toca, no coração da floresta, aguardando com sombria paciência de fera que suas feridas curassem. Todas cicatrizaram, enfim, exceto uma, uma profunda queimadura no dorso que não sarava, e que o tigre enfaixou com grandes folhas.

Tinha conservado da sua forma recentemente perdida três coisas: a lembrança viva do passado, a habilidade das suas mãos, que usava como homem, e a linguagem. Mas no resto, em absolutamente tudo, era uma fera, que não se diferenciava em nada de outros tigres.

Quando se sentiu finalmente curado, passou a voz entre os demais tigres da selva para que, nessa mesma noite, se reunissem diante do grande canavial que fazia limite com as lavouras. E, ao cair da noite, dirigiu-se silenciosamente rumo à aldeia. Subiu numa árvore dos arredores, e aguardou imóvel por um longo tempo. Viu passar, sem fixar o olhar, pobres mulheres e lavradores cansados, de aspecto miserável. Até que, por fim, viu avançar pela vereda um homem de grandes botas e sobrecasaca vermelha.

O tigre não mexeu nem um só galho ao se encolher para pular. Saltou sobre o domador, o derrubou desmaiado de uma mãozada e, pegando-o pela cintura entre os dentes, o levou sem feri-lo até o canavial.

Nesse lugar, junto dos imensos juncos que se alçavam invisíveis, estavam os tigres da selva movimentando-se na escuridão, e seus olhos brilhavam como luzes que vão de um lado para o outro. O homem continuava desacordado. O tigre, então, disse:

—Irmãos: Eu vivi doze anos entre os homens, como um homem. E sou um tigre. Talvez possa, pelas minhas ações, apagar mais tarde essa mancha. Irmãos: esta noite rompo o último laço que me une ao passado.

E depois de falar assim, pegou com a boca o homem, que continuava desfalecido, e subiu com ele até o ponto mais alto do canavial, deixando-o atado entre dois bambus. Depois ateou fogo às folhas secas do chão, e logo uma labareda ascendeu aos estalos.

Os tigres recuavam espantados diante do fogo. Mas o tigre disse: “Paz, irmãos!”. E eles sossegaram, deitando-se e olhando, com os ventres no chão e as patas cruzadas.

O canavial ardia como um imenso castelo de fogos de artifício. As canas estalavam como bombas, e seus gases se entremeavam em agudas flechas coloridas. As labaredas ascendiam em súbitas e graves baforadas, deixando sob elas lívidos buracos e, no topo, lá onde ainda não chegava o fogo, as canas se balançavam, encrespadas pelo calor.

Mas o homem, lambido pelas chamas, tinha voltado a si. Viu, lá embaixo, os tigres com os olhos encarnados fixos nele, e compreendeu tudo.

—Perdão, perdoem-me! —uivou, se contorcendo—. Peço perdão por tudo!

Ninguém respondeu. O homem sentiu-se, então, abandonado por Deus, e gritou com a alma toda:

—Perdão, Juan Darién!

Ao ouvir isso, Juan Darién levantou a cabeça e disse friamente:

—Aqui não há ninguém que se chame Juan Darién. Não conheço Juan Darién. Esse é um nome de homem, e todos aqui somos tigres.

E, voltando-se aos seus companheiros, como se não compreendesse, perguntou:

—Algum de vocês se chama Juan Darién?

Mas já as chamas tinham queimado o castelo até o céu. E, dentre as agudas luzes de bengala que riscavam o muro de chamas, viu-se, lá em cima, um corpo preto que fumegava carbonizado.

—Estou pronto, irmãos –disse o tigre–. Mas ainda há algo que devo fazer.

E encaminhou-se de novo à aldeia, sem perceber que era seguido pelos tigres. Deteve-se diante de um pobre e triste jardim, pulou a mureta e, passando ao lado de muitas cruces e lápides, foi deter-se diante de um pedaço de terra sem ornamentos, onde estava enterrada a mulher que tinha chamado de mãe durante oito anos. Ajoelhou-se –como um homem– e durante um tempo não se ouviu nada.

—Mãe! –murmurou finalmente o tigre, com profunda ternura–. Somente tu soubeste, dentre todos os homens, os sagrados direitos à vida de todos os seres do universo. Só tu compreendeste que o homem e o tigre se diferenciam unicamente pelo coração. E tu me ensinaste a amar, a compreender, a perdoar. Mãe! Estou certo de que me escutas. Sou teu filho, sempre, apesar do que possa acontecer daqui em diante, mas só teu. Adeus, minha mãe! E vendo, ao levantar-se, os olhos rubros dos seus irmãos, que o olhavam atrás da mureta, uniu-se outra vez a eles.

O vento morno trouxe, nesse momento, do fundo da noite, o estrondo de um tiro.

—É na selva –disse o tigre–. São os homens. Estão caçando, matando, degolando.

Virando-se, então, em direção à aldeia alumada pelos lampejos da floresta inflamada, exclamou:

—Raça sem redenção! Agora é a minha vez!

E voltando ao túmulo em que há pouco orava, arrancou de uma mãozada as folhas que enfaixavam o ferimento do seu dorso, e escreveu na cruz com o seu próprio sangue, em grandes caracteres, sob o nome da sua mãe:

Juan Darién

—Já estamos em paz —disse. E lançando com seus irmãos um urro de desafio à aldeia  
estarecida, concluiu:

—Agora, à selva. E tigre para sempre!

## RESENHA

### La música de Marsias

Olvido García Valdés

Los gorriones con su bullicio se ocupan de la casa, de su vacío que resuena en nuestro sueño final: “Soy tuyo para arrastrarte a mi deseo. Para ver cómo pasamos el límite de lo inútil: ...potlach, potlach de la certeza de estar vivo cuando ellos cantan la diferencia entre desesperación y aislamiento”.

*Noche y día*

Decía Heráclito que para los despiertos hay un mundo único y común, mientras que cada uno de los durmientes se vuelve hacia un mundo particular, y tal vez los poetas se caractericen por neutralizar esa distinción, al extender al día la presencia absorbente de un mundo propio y como soñado que los demás confinan en la noche.

En efecto, la obra de Arturo Carrera muestra que es posible pasarse cincuenta, setenta años de la vida contemplando los diez, los quince primeros años, y que esa contemplación es inagotable, y que sólo en ella, quizá, podemos hallar el sentido de la existencia. *Vigilámbulo* es un libro de libros, una pequeña biblia suficiente que muestra esa dedicación. Para él, el auto ha elegido poemas autónomos, significativos, dialogantes o complementarios; es decir, integrantes de un todo que, en formato menor, equivale a su obra completa.

Pero no, no es verdad, no equivale. Quien lea *Vigilámbulo* querrá, viendo lo que hay, ir a todos los poemas, reconstruir ese mundo en el que sorprendentemente – eso ha visto quien lee – se dibuja también el suyo propio.

Lo primero que conocí de Arturo Carrera fue *El vespertillo de las Parcas*; desde la primera línea captó mi atención como la captan los libros necesarios; los poemas recreaban devocionalmente las femeninas figuras familiares: la abuela paterna y la materna, las tías-abuelas, las tías más jóvenes, la madre ausente – fallecida a los diecisiete meses de nacer el poeta – y generadora a lo largo de la vida de la más potente presencia de los seres y las cosas.



Las figuras familiares y el mundo alrededor, el ritmo de la vida de los emigrantes italianos – sicilianos, en la saga de Carrera – en Coronel Pringles, provincia de Buenos Aires, ya mediado el pasado siglo. Un mundo es una lengua: la de los personajes y la de quien los evoca, entreverándose en un prodigio de voces, de intensidad y gracia, de sabor, de coloquialidad documental y de abismada extrañeza lírica.

Una cita de Cristina Campo daba título a la última parte, “In medio coeli”. En ella la singular escritora italiana señalaba que desde el vértice o cenit de una vida, esta no camina hacia el olvido, como querría la ley del tiempo, sino hacia la memoria; y cómo el conocimiento adquirido parece entonces volverse hacia la infancia, la casa, el misterio de las raíces “que de día en día adquiere elocuencia; hacia un diálogo siempre más estrecho entre el antiguo niño y los muertos. (...) De tales encuentros con la propia historia el primer mediador es el paisaje”. Con la luz de estas palabras y la atmósfera inconfundible de El vespertillo fue llegando la lectura de los otros libros (y muy en especial, La banda oscura de Alejandro, Tratado de las sensaciones, Noche y día, Potlach o Las cuatro estaciones).

Los que nombra el texto de Cristina Campo son los núcleos de la escritura toda de Carrera: de un lado, la irrefrenable necesidad de indagación en la memoria y en las raíces que la alimentan – memoria y raíz que tienen una dimensión individual e íntima, y tienen también una proyección colectiva, sociológica y política (la epopeya de los inmigrantes en Argentina, la circunstancia peronista, la vida entera del país)-. De otro lado, la mediación del paisaje, lo que en Carrera habrá de llamarse “el campo”. Y fundando ese territorio, tramándolo y constituyéndolo, la ductilidad exigente de una lengua de riquísimos registros y ritmos, una sintaxis flexible o extendida, que cuenta con las rupturas del encabalgamiento y con la respiración demorada de su disposición en el blanco de la página, y da cuerpo a la inconfundible textura coral de sus múltiples voces.

La “escritura Carrera” goza de fieles sombras tutelares: Mallarmé – y, singular texto de meditación y compañía, La siesta de un fauno -, los ecos de Heráclito el Oscuro, el Nietzsche de El nacimiento de la tragedia, Juanele Ortiz – que vendrá con sus preguntas inagotables y lo irisado de la luz en que se velan -, o Marcel Duchamp y su obsesivo trabajo de lo invisible. De la mano de lo invisible llegan los mitos, todas las metamorfosis que generan profundidad y el vértigo, la densidad y la variedad de la construcción poético-mítica, bien plástica y visible, que levanta Carrera.

El animal vive en el mundo como en agua en el agua, leímos en Bataille; y el libro aquel, en la vieja colección blanca de Taurus, se titulaba Teoría de la religión. La frase acuñaba en negativo, con su conciso troquel, la inquietud súbita de la expulsión del paraíso. Para mí, toda la poesía anidó ahí; desde ahí, escribimos. ¿Qué clase de necesidad, y de imposibilidad, hallamos entonces como propias en un poeta contemporáneo? La que despliega la obra de Arturo Carrera se expresa en la figura extraña y múltiple del fauno, la poesía pánica e irrecuperable de un sátiro que no hallara ya naturalidad en su naturaleza ni espacio para el espacio gozoso de la siesta. El fauno, la siesta. Y es chocante, ahí se topa, nos topamos con un hueso bien duro de roer.

Si el mundo de Arturo Carrera se llama Pringles o la infancia, se llama también Sicilia, y podría llamarse Midi francés o la Provenza. El ser de ese mundo se materializa en una luz, una reverberante expansión o plenitud de lo solar, un ser o estar gozoso que pertenece a la abundancia, a la alegría de una simbólica economía dispendiosa. Su música es el estridular de las chicharras al calor, el croar de las ranas en los redondos cielos de la noche. Ahí vivió la dicha.

A veces, subiendo por una callecita en cuesta, miramos hacia lo alto un gran tilo desnudo; entre las ramas, a la luz del mediodía, el azul del cielo parece de ultramar, casi con intensidad o pigmentos de la noche, un azul que guardara en sí las huellas de la noche y que fuera sin embargo espesor o densidad de pura luz, de mero azul, el más intenso azul del mediodía.

Pensaba Nietzsche que el poeta es poeta porque se ve rodeado de figuras que viven y actúan ante él, y en cuya esencia más íntima él penetra con sus ojos. Esas figuras, esas voces son ya él mismo, le han constituido y continúan existiendo ante él, exentas en el tiempo. El fauno de Carrera, el sátiro de Nietzsche en el coro de la tragedia griega, encarnan esa visión y la despliegan como un mundo. (Y aquí se distancia, ay, lo que el fauno, Nietzsche, Bataille ven o pueden ver, de lo que una ninfa vería si mirara. A veces la dicción de los poemas de Carrera parece llegar a conocer – como algunos de los personajes de Ovidio antes de su metamorfosis – esa mirada, incorporándola a su sitio, sobre el telón de fondo de la desdicha que es el mundo.)

El fauno, ya se sabe – en Nietzsche, en Carrera -, siempre es doble: reflejo y expresión de la naturaleza y, asimismo, conocimiento y sufrimiento de la conciencia. Y ya se sabe: sólo

como fenómeno estético se justifican la existencia y el mundo. El sátiro es el artista (bajo la advocación ensimismada de Sileno, con la cercanía perturbadora de su extrañeza, tan querida de Rubens o de Nietzsche, o bajo el nombre de Marsias, en abierta competencia con el dios de la armonía, haciendo brotar de la zampoña, al decir de Cernuda, “una melodía doliente y pura, con un temblor oscuro que la del dios no tenía”).

Y el artista, ya se sabe, en un solo movimiento, que es su obra, triunfa y fracasa; o, mejor, triunfa en la medida que fracasa. Da cuenta pormenorizada – y ese es su poder – de la hermosura del mundo y de las voces irrepetibles, anuncia inagotable la dichosa dicha del vivir, pero pagando el precio – y esta, ya se sabe, es la “disonancia” primordial – de la desdicha o hueco que propician el canto, y que ningún canto ha de llenar.

## **POESÍA**

**De *Vigilámbulo*, de Arturo Carrera  
(Tradução de Jorge "Joca" Wolff)**

### **SIESTA DE OLIVIA**

Se hacen dormir entre ellas: Chiquita, Olivia;  
primero como avecitas, una “conversa” y la otra deshila  
lo conversado (dice lo que no sabemos del  
descarte exigido del sueño indestructible). Después,  
si la abuela da palmadas en la espalda de la  
niña (mano grande en esa espalda de muñeca),  
la otra también da palmadas con su mano tan pequeña.  
Y viene ahora la canción que entonan ambas a su modo  
(calandrias que sólo traducen las  
series inmemoriales de sonidos perdidos ¿en cuál  
cadencia del sentido?).

Hasta que cae una dormida como pajarito y la otra  
entrecierra los ojos como un gato.  
Pajarita y gata sin ley de enemistad de ninguna selva  
más que de la deliciosa ley oscura de la siesta.

### **SESTA DA OLÍVIA**

Se fazem dormir entre elas: Chiquita, Olívia;  
primeiro como avezinhas, uma “conversa” e a outra desfia  
o conversado (diz o que não sabemos do  
descarte exigido pelo sonho indestrutível). Depois,

se a avó dá palmadas nas costas da  
menina (mão grande nessas costas de boneca),  
a outra também dá palmadas com sua mão tão pequena.  
E vem agora a canção que entoam ambas a seu modo  
(calandras que só traduzem as  
séries imemoriais de sons perdidos, em que  
cadência do destino?).

Até que uma cai dormindo como passarinho e a outra  
entrecerra os olhos como um gato.  
Passarinha e gata sem lei de inimizade de nenhuma selva  
além da deliciosa lei obscura da sesta.

## **JUGUETES**

“Quién hubiera pensado, antaño,  
que un día nos avergonzaríamos de las palabras,

que por nombrar las cosas que son  
podríamos sentirnos culpables,

que por decir, incluso  
“niñito”,  
uno podría sentirse culpable.”

Yves Bonnefoy

I

¿Cuál,  
de todos estos lápices elegirías para la alegría,

para el triunfo de unas vocecitas sobre otras que no  
conocés y que no hacen más que llamarte y  
llevarte hacia esta casa de sombra  
colmada de juguetes?

Sin embargo, bastaría un instante para que  
la inteligencia de los besos impidiera hablarnos  
—¡pero no hablamos  
todavía!

una emoción violenta, mínima  
pero fugaz, hace que otra memoria súbita  
se vuelva duradera.  
Yo escuchaba tu voz,  
pero no alcanzaba las palabras que decías;  
lo que querían decir —no que no te atendiera  
sino en otro balbuceo— adentro de otra burbuja  
que se henchía de otro límite,  
de otra memoria, de otro instante,

¿cuál? ¿de eso estamos  
hechos?,

Había otro ritmo que ínfimo auguraba  
una repetición que nos desconocía. Y allí  
estuve, en esa vía. Diciendo sin decir,  
hablando sin hablar

¿iba?

Con ese balbuceo yo creo

ser real. Yo creo adelantarme a tu ternura y  
no sé nada de tu amor que se adelanta al mío.

Entre esas casi palabras si no sílabas  
todos los abecedarios fracasan y fracasarían;  
cabeceando en nosotros cuando te decimos  
cualquier frase que alude al sueño de este mundo.

¿Cuántas nociones elegimos para confundirte,  
para atraerte,  
para embaucarte? Sin saber que somos nosotros  
los embaucados.

¿Quién conocía los mapas insolubles de Plotino,  
las manos regordetas con pocitos en el mármol, la voz  
de una niña de la cantoría?; pero no queríamos  
nombrarte, niños fajados en los tondos de los Inocentes  
nos llamaban...

Gritaste,  
¡como  
una cantante!  
Porque de no decir, cantabas,  
imitabas ¿a qué? ¿a quién? ¿a cuánto? En tonos melódicos  
que atenuarían incluso  
el silencio lunar.

Y otra vez, con la partícula de un grito de algún mandato sereno  
iniciás tu paseo con pasitos que van...  
hacia ninguna parte,  
hacia el olvido del ¿qué busco?

¿qué hago? ¿a quién llamo? ¿a quién respondo?

¿qué?

¿Cuánto “falta” para que un juguete “no hable”?

Un presente

reclama otro tiempo para que tu presencia no sea más  
que “esplendor”

## II

Te llamé “abejita” porque llevabas de un lugar a otro  
el polen de unas flores invisibles, el silencio  
de unas sombras brillantes que te miraban.

Y hasta un pájaro, el del libro de los Upanishads,  
se asomaba para verte, para sentir tu paso muy  
dentro del fruto que él jamás probaría.

Nombro cada uno de tus juguetes. Los bautizo  
sin miedo. Me llevan a despertarte,  
a conocerte, a sonreír de alegría ante la imitación  
del movimiento. ¿Quién vuelve de ahí?

Después de todo será recuerdo  
todo el rumor que queda cuando te vas,  
polvillo de luces sin nombre y rachas  
de una oscuridad veloz entre  
órbitas tan mínimas como fugitivas.

Pero ¿puedo acercarme?

...caja de zapatos de niña



adonde guardás un sapo de terciopelo.

Y ese muñeco que se sienta y  
bebe de un vaso parecido a un chopp.

¿Cuánta cerveza tiene esa luz?

¿Y estas dos latas de polvo de hornear unidas con  
un hilo sisal que era nuestro teléfono? ¿Y esa vaca que al  
gírarle la cola daba leche? ¿Y esas ranas de lata a cuerda  
que saltan junto a las gallinas que picotean un círculo  
de madera verde con granos amarillos?

¿Y los pibecitos Jugal que se besan incansablemente?

¿Y el burro azul que se hamaca en silencio,  
despacito...

...tu preferido?

Sin nombrarte ¿podré decir cuál otro? ¿Para que  
alguno de nosotros quepa en esa dimensión? ¿O para que  
seamos expulsados todos menos yo, como cuando  
tu sonrisita me incluye?

### III

Un artesano soy y sin embargo,  
no sé evocar la precisión en que han de encajarse  
cada una de tus pequeñas piezas. ¿Y no es  
como dice el sabio, que si no hubiese juguetes  
nos criaríamos repitiendo encuentros  
con gente de verdad?

...y eran tus deditos  
lo que veíamos. Una pulserita de plástico  
con tu nombre y la hora  
de tu nacimiento —como si la dicha  
nos agendara.

Cuánta sorpresa o cuánto deber  
porque no quisimos ser  
abuelos de la nada —saltamos  
en el desconcierto, cantando, agitando un  
trapo, una tela de ceniza,

y el silencioso sonajero  
de la vida que colma.

## **BRINQUEDOS**

Quem teria pensado, outrora,  
Que um dia nos envergonharíamos das  
palavras,

Que ao nomear as coisas que são,  
Poderíamos nos sentir culpados.

Que mesmo ao dizer, olha,  
Menino,

Poderíamos nos sentir culpados.

I

Qual,  
de todos estes lápis escolherias para a alegria,  
para o triunfo de umas vozinhas sobre outras que não  
conheces e que não fazem mais que te chamar e  
te levar para esta casa de sombra  
cheia de brinquedos?

No entanto, bastaria um instante para que  
a inteligência dos beijos nos impedisse de falar  
– mas não falamos  
ainda!

uma emoção violenta, mínima  
mas fugaz, faz com que outra memória súbita  
se torne duradoura.

Eu escutava tua voz,  
mas não alcançava as palavras que dizias;  
o que queriam dizer – não que não te ouvisse  
mas em outro balbucio – dentro de outra bolha  
que se enchia de outro limite,  
de outra memória, de outro instante,

qual? disso estamos  
feitos?,

Havia outro ritmo que ínfimo augurava  
uma repetição que nos desconhecia. E ali  
estive, nessa via. Dizendo sem dizer,  
falando sem falar

ia?

Com esse balbucio eu creio, insisto,  
ser real. Eu creio me adiantar a tua ternura e  
não sei nada do teu amor que se adianta ao meu.

Entre essas quase palavras se não sílabas  
todos os abecedários fracassam e fracassariam  
cochilando em nós quando te dizemos  
qualquer frase que alude ao sono  
deste mundo ainda.

Quantas noções escolhemos para te confundir,  
para te atrair,  
para te enganar? Sem saber que somos nós  
os enganados.

Quem conhecia os mapas insolúveis de Plotino,  
as mãos gordinhas com furinhos no mármore, a voz  
de uma garotinha da cantoria?; mas não queríamos  
te nomear, crianças agasalhadas nos tondos dos Inocentes  
nos chamavam...

Gritaste,  
como  
uma cantora!

Porque ao não dizer, cantavas,  
imitavas o quê? a quem? a quanto?

E outra vez, com a partícula de um grito de um mandato sereno  
inicias teu passeio com passinhos que vão...  
para nenhum lugar,  
para o olvido do que busco?  
o que faço? a quem chamo? a quem respondo?  
o quê?

Quanto “falta” para que um brinquedo “não fale”?  
Um presente  
reclama outro tempo para que tua presença não seja mais  
que “esplendor”.

## II

Te chamei de “abelhinha” porque levavas de um lugar a outro  
o pólen de umas flores invisíveis, o silêncio  
de umas sombras brilhantes que te olhavam.  
E até um pássaro, o do livro dos Upanishads,  
se assomava para te ver, para sentir teu passo muito  
dentro do fruto que ele jamais provaria.

Nomeio cada um dos teus brinquedos. Batizo-os  
sem medo. Me levam a te despertar,  
te conhecer, a sorrir de alegria diante da imitação  
do movimento. Quem volta daí?

Afinal será lembrança  
todo o rumor que fica quando te vais,

pozinho de luzes sem nome e nesgas  
de uma escuridão veloz entre  
órbitas tão mínimas quanto fugitivas.

Mas posso me aproximar?

...caixa de sapatos de menina  
onde guardas um sapo de veludo.  
E esse boneco que se senta e  
bebe num copo parecido com um chope.

Quanta cerveja tem essa luz?

E estas duas latas de fermento unidas com  
um fio de sisal que era nosso telefone? E essa vaca que ao  
girar o rabo dava leite? E essas rãs de lata a corda  
que saltam junto às galinhas que beliscam um círculo  
de madeira verde com grãos amarelos?

E os pivetinhos Jugal que se beijam incansavelmente?

E o burro azul que se deita em silêncio,  
devagarinho...

...teu preferido?

Sem te chamar poderei dizer que outro? Para que  
algum de nós caiba nessa dimensão? Ou para que  
sejamos todos expulsos menos eu, como quando  
teu sorrisinho me inclui?

III

Sou um artesão e no entanto,  
não sei evocar a precisão em que hão de se encaixar  
cada uma de tuas pequenas peças. E não é  
como disse o sábio, que se não houvesse brinquedos  
nos criaríamos repetindo encontros  
com gente de verdade?

...e eram teus dedinhos  
o que víamos. Uma pulseirinha de plástico  
com teu nome e a hora  
do teu nascimento – como se a sorte  
nos agendasse.

Quanta surpresa ou quanto dever  
porque não quisemos ser  
avôs do nada – saltamos  
no desconcerto, cantando, agitando um  
trapo, uma tela de cinzas,

e o silencioso chocalho  
da vida que transborda.